

Formato digital
ISSN 2542-3460
Depósito legal ZU2017000273

Formato impreso
ISSN 1317-102X
Depósito legal pp 200002ZU729

Revista de Artes y Humanidades



UNICA

Universidad Católica Cecilio Acosta



*MEMORIA
ACADÉMICA*



UNICA



ARQUIDIOCESIS
DE MARACAIBO

AÑO 24

EDICIÓN ESPECIAL | 2023



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Volumen 24, Edición Especial 2023, pp. 153-164
Universidad Católica Cecilio Acosta – Maracaibo - Venezuela
ISSN: 1317-102X e – ISSN: 2542-3460

Visión vanguardista para una transformación humanista en las Instituciones Educativas Católicas

Línea del congreso: Fraternidad, educación y conversión ecológica

YEDRA BETANCOURT, Yura Morayma

Instituto Niños Cantores del Zulia
Maracaibo – Venezuela

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.11522428>

Resumen

En la actualidad la producción del conocimiento se cimienta en una plataforma epistémica de interacción entre el ser humano con su entorno. Lo que obliga a reflexionar el modelo educativo, donde el Maestro representa la clave para generar cambios de la formación y transformación en la concepción macro de la Educación. De allí la importancia del carácter histórico de la pedagogía que está asociado a la vinculación con la sociedad como totalidad de donde se deriva el estudio de las políticas para la educación, el rol del Maestro en el conjunto de las relaciones sociales, el papel de la transformación social desde la condición del conocimiento pedagógico como conocimiento en contexto y para un contexto, que lleva a los formadores de formadores a contextualizar sus propósitos y acciones.

Es pertinente considerar que la complejidad de la sociedad actual, requiere de un Maestro comprometido consigo mismo, de tal manera que su actitud contribuya a transformarse en cada experiencia que acontezca dentro y fuera del aula, pues son espacios que generan información, conocimiento y formación para la transformación de las exigencias del mundo actual, teniendo presente una visión humanista debe trascender en concebir el proceso educativo amplio, dinámico, que engloba todos los aspectos de las personas, académicos, sin olvidar la parte humana.

Desde esa perspectiva, surge la necesidad que las nuevas tendencias de formación en educación apuntan hacia la humanización del ser, lo que exige a los Maestros ser vanguardistas con la visión disciplinaria, articulada y contextualizada dentro de su quehacer pedagógico teniendo como base fundamental los pilares de aprendizaje: ser hacer, conocer, convivir, puesto que las nuevas tendencias buscan una formación que permita desarrollar todas sus potencialidades: actitudes, talentos, inteligencias, sensibilidades, donde

Esta obra se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

se asuman elevados niveles de participación, reconociendo a cada educando como un todo integral, es fundamental el desempeño del Maestro formador con una visión humanista con valores morales éticos, religiosos, con objetivos claros para crear espacios que conduzcan a la transformación del conocimiento, del pensamiento crítico, reflexivo, en su misión como formador con los involucrados en este proceso.

Las Instituciones Educativas Católicas enrumban sus proyectos, bajo la minara de una filosofía institucional, convirtiéndose en semilleros se abrir ventanas para crear y consolidar el potencial los valores humanos –cristianos como una oportunidad superior con la firme convicción de formar para transformar y dar respuestas a los retos del mundo actual.

Palabras Clave: Maestro Formador, Humanismo, Transformación

Visión Pedagógica- Currículo:

El ejercicio de la profesión Docente requiere aspectos esenciales, como la preparación pedagógica de toda la persona, después conocimiento científico de la materia que quiere enseñar el futuro educador, porque la pedagogía se ocupa de la formación del ser humano, de los valores y los fines del proceso de humanización y de los medios más efectivos para lograrlo.

Desde esa perspectiva, emerge el conocimiento pedagógico es histórico, complejo e interdisciplinario y como tal tiene la posibilidad y la necesidad de constituirse en contenido y principio unificador de la formación de Maestros en sus diversas opciones y especialidades.

En este contexto, se considera que la formación pedagógica de toda la persona implica la comprensión del trabajo docente como una labor para las personas, como un compromiso ético de solidaridad humana, como el desarrollo del derecho de los jóvenes a desplegar su personalidad en todas sus posibilidades facilitándoles el acceso a niveles superiores de sí mismos (Florez, 1994).

Se puede afirmar, que el carácter histórico de la pedagogía está asociado a su vinculación con la sociedad como totalidad de donde se deriva el estudio de las políticas para la educación, el rol del docente en el conjunto de las relaciones sociales, el papel de la ilustración en la transformación social. Es importante, la condición del conocimiento pedagógico como conocimiento en contexto y para un contexto, que lleva a los formadores de formadores a contextualizar sus propósitos y acciones como formadores.

Asimismo, se puede considerar que la práctica es indispensable para el aprendizaje de los Maestros, para el desarrollo teórico de la pedagogía, el mejoramiento constante de la enseñanza, la práctica debe tener lugar preferencial y central en el currículum de la formación

de Maestros que sus praxis pedagógicas se contextualicen en las demandas del proceso de formación integral del estudiante.

Pilares del Aprendizaje:

Es propicio hacer mención en lo establecido en el Currículo Básico Nacional, en relación a los pilares del aprendizaje: el aprender a conocer, aprender a Ser, aprender a hacer, aprender a convivir. Cuando se trata del aprender a Conocer, es el primer y más importante pilar de la educación, puesto que marca la transición a una época en la que ya no se busca dotar al estudiante de un determinado set de conocimientos con los que tendrá el resto de su vida, sino darle las herramientas necesarias para aprovechar las oportunidades de aprender a lo largo de todo su ciclo vital.

En otro orden de ideas, en relación al abordaje de los pilares del aprendizaje, es importante hacer referencia al Aprender a Conocer, este aprendizaje está asociado a una cultura general amplia, junto con la posibilidad de profundizar en conocimientos específicos, lo que supone aprender a aprender, aprender a desprender y a darse cuenta de los propios procesos cognitivos y metacognitivos, así como desarrollar habilidades de pensamiento lógico, crítico y creativo ,a fin de que cada persona pueda demostrar capacidad para pensar ordenadamente, razonar, analizar, comparar, sintetizar, transferir, inducir, deducir, construir conocimiento, etc. Asimismo, coloca a la persona en una posición de sujeto y no de objeto, capaz de pensar se asimismo y a los demás, consiente de sus recursos y potencialidades y de la necesidad de manejar con conciencia y críticamente sus conocimientos, habilidades y actitudes en contextos situacionales específicos. Delors (2001).

Es pertinente destacar, que este aprendizaje supone una actitud ante el conocimiento y el desarrollo de habilidades para el autoaprendizaje, que coloca al estudiante en un papel protagónico en donde él, es el principal responsable de su aprendizaje, en donde toma conciencia de la necesidad de una actualización constante a lo largo de toda la vida para poder adaptarse a las demandas cambiantes de una realidad social y productiva en constante transformación. Carr, (1996). Entre otros aspectos, saber Aprender a Conocer permite: ser protagonistas de nuestro propio aprendizaje y tomar conciencia de los procesos que lo acompañan, obtener una comprensión global y creciente del mundo que habitamos; a entender la relevancia práctica y social del aprendizaje.

En lo concerniente, al Aprender a Hacer tiene que ver con transformar el conocimiento en acciones, destrezas o habilidades prácticas. Sin embargo, no solo se trata de la capacidad de aplicar en el mundo real lo que hemos aprendido de la teoría, también implica

una actitud positiva ante los retos y una búsqueda constante de formas más eficientes y novedosas de hacer las cosas, encontrar soluciones o resolver conflictos.

En ese orden de ideas, el Aprender a Hacer también significa adaptar el aprendizaje a las demandas de la realidad, en este caso, orientarlo hacia la empleabilidad en el mercado laboral actual, pero también a los retos sociales más importantes de nuestra comunidad. Sin embargo, este pilar supone una serie de conocimientos, habilidades y actitudes en un campo profesional determinado, que implica el conocimiento y manejo de técnicas, procedimientos y metodologías que dotan a la persona para saber hacer, un saber operar con el conocimiento teórico que posee. Lo que implica hacer transferencia de conocimientos, habilidades y actitudes a situaciones nuevas en distintos contextos, de modo que sea capaz no sólo de aplicar conocimiento, sino de construir estrategias para la solución de problemas en situaciones nuevas. Delors (2001).

Asimismo, supone suficiente experiencia y ejercitación en situaciones reales mediante horas de práctica para el desarrollo de habilidades que solo se aprenden haciéndolas, en contacto con la realidad y no solo con los libros. Al mismo tiempo aprender a hacer se relaciona con el desarrollo de competencias de tipo actitudinal relacionadas con varias situaciones, entre las que destacan: las relaciones sociales y el trabajo en equipo.

En lo concerniente al Aprender a Ser, este aprendizaje se constituye en la dimensión humana fundamental para la relación consigo mismo y con los demás, pues descubrir y aceptar al otro necesariamente para por un descubrimiento y aceptación de uno mismo, de modo que, este aspecto se relaciona con el autoconocimiento, con el desarrollo de la personalidad, la autonomía y responsabilidad de cada ser humano de aprender a Ser. Delors, (2001).

Desde esa perspectiva, presume asumir por parte de cada persona el compromiso de su propia realización, lo que conlleva la voluntad para vencer los distintos obstáculos en el camino hacia la autorrealización. Aprender a Ser no sólo abarca el aspecto individual, relativo a la relación intrapersonal consigo mismo, sino que también incluye las relaciones con los demás, es decir las relaciones interpersonales que tienen que ver con lo que se conoce como inteligencia emocional y que alude entre otros aspectos a habilidades sociales y emocionales que se traducen en un manejo competente de las propias emociones de las relaciones humanas en distintos ámbitos

Por lo tanto, Aprender a Ser, implica a parte del proceso de individualización y desarrollo de la propia personalidad, habilidad para convivir con los demás, supone actitudes de apertura, de reconocimiento del otro, capacidad para negociar, consensar, así como, superar actitudes individualistas centradas en objetivos personales, para arribar el trabajo

centrado en objetivos comunes, que tiene como base trabajar con los demás en equipo para la solución de problemas.

Desde ese contexto, el mundo contemporáneo reclama hoy más que nunca actitudes como: la aceptación y el reconocimiento de los otros en cuanto a diferencias de raza, etnia, género, clase social. Es decir, desarrollo de la capacidad para reconocer y valorar la pluralidad y la diversidad cultural, que necesariamente tienen que ver con valores y por tanto con un desarrollo actitudinal al que poco ha atendido la educación tradicional. Aprender a ser en el contexto de la educación es reconocer la dimensión humana que vincula al maestro y al alumno, al alumno con otros alumnos en la relación educativa, es para el maestro vivir los valores que desea transmitir a sus estudiantes. Delors, (2001).

Se puede afirmar que el Aprender a Ser, busca el desarrollo holístico de la persona, no solo a nivel intelectual o cognitivo, sino también en su dimensión social, física, cultural, espiritual y artística. Por lo tanto, el Aprender a Ser significa que sabemos cómo cultivar de manera permanente nuestra mente, nuestro cuerpo, nuestro sentido estético y nuestra personalidad de acuerdo con nuestros valores e intereses.

Analicemos el Aprender - Convivir, se concibe en armonía con los demás, se ha vuelto más importante que nunca ahora que la globalización nos lleva a integrarnos con personas de distintas nacionalidades, culturas y formas de pensar. Este pilar de aprender a convivir, se sustenta con las apuestas por una enseñanza permeada por el trabajo en equipo, el civismo, la participación y la empatía, en la sinergia. Desde ese contexto el Aprender a convivir es un saber –no una serie de contenidos sino un aprendizaje existencial- que busca que la escuela forme a las futuras generaciones con una serie de competencias que los capaciten para vivir de manera pacífica, dialógica y constructiva con los demás. Delors, (2001).

Desde esa perspectiva, se puede evidenciar la necesidad que la escuela se ocupe de que cada estudiante, desde pequeño, vaya aprendiendo a vivir con otros, reconociendo las diferencias entre los distintos seres humanos y formando su propia personalidad a partir de una búsqueda continua de sí mismo entre los otros. Los otros se convierten entonces en el espejo en el que vamos visualizando aquello que queremos ser pero también y de manera natural e inevitable nos reflejan muchas veces lo que no queremos ser.

Es pertinente destacar que el aprendizaje de la convivencia como objetivo de las escuelas, consiste entonces en facilitar los ambientes y los encuentros sucesivos entre los niños y niñas para que en un proceso lo más explícitamente sentido y pensado vayan viviendo experiencias de ensayo-error que los puedan capacitar para distinguir el tipo de otros que les son más significativos y que les aportan mayores elementos para su autoconstrucción.

Por lo tanto, esta es una tarea que debe darse en colaboración estrecha entre maestros y padres de familia. Ambos deben ser facilitadores activos de aprendizaje de la convivencia a partir de una actitud de escucha empática y acompañamiento respetuoso que no intervenga violentando estos procesos de crecimiento cuando se producen desencuentros, conflictos o exclusiones naturales entre los niños y adolescentes. Zemelman, (2011).

Desde esa perspectiva, la mejor actitud para educar en la convivencia es la de estar cerca, generar confianza, escuchar con atención, retroalimentar con preguntas o experiencias propias la experiencia del niño o niña, hacer consciente al alumno o hijo de lo que siente frente a determinados acontecimientos relacionados con su convivencia y respetar sus procesos, garantizando únicamente que no existan violencia, acoso o discriminación por causas raciales, económicas, físicas, culturales o religiosas.

Asimismo, los cimientos del pilar “Aprender a convivir” no están en la “defensa” de los niños o niñas frente a sus pares, sino en el apoyo constante e inteligente para la construcción de un tejido afectivo capaz de comprender las diferentes personalidades y preferencias de los demás y para el desarrollo de una inteligencia emocional que los capacite para entender los encuentros con los otros, pero también y sobre todo, los desencuentros que subyacen a toda relación humana. Delors, (2001).

Visión vanguardista para una transformación humanista en las Escuelas

La educación para la construcción de una sociedad más humana, conlleva a forjar valores que promuevan la ética de la solidaridad y la justicia social como principios ineludibles para la cohesión de hombres y mujeres de derechos y deberes, sin distinciones de clases. Lo que implica subordinar lo individual y los intereses egoístas frente al desarrollo de la dimensión personal como social, en favor del bien común.

La educación para la humanización se convierte así en un eje central que da forma y sentido a los propósitos de la educación como ejercicio creador, al igual que de ideario de libertad y justicia social. De allí que la escuela venezolana está convocada a crear espacios no solo para el ejercicio creador, sino para propiciar experiencias de investigación, para enseñar y aprender dentro de condiciones que potencian la creatividad, la imaginación, el conocimiento, los valores humanos, estimulando el ser y el convivir. Colomer (2014).

Desde ese contexto, es imprescindible hacer referencia en el trascender los muros del espacio escolar requiere de una praxis pedagógica que se asume dentro de una experiencia altamente humanista, por tanto, se necesitan maestros conscientes de la importancia que reviste su intervención dentro del contexto donde se inserta la institución escolar, para así propiciar dentro y fuera del aula experiencias significativas que permitan vincular desde el espacio de educabilidad la realidad, mediante proyectos de índole pedagógico. En

consecuencia, en los proyectos pedagógicos debe prevalecer lo humano conjuntamente con los aportes científicos y tecnológicos que hoy caracterizan a una sociedad, disímil a los tiempos remotos.

Es pertinente acotar, que la práctica docente es el espacio privilegiado donde los maestros y estudiantes logran el proceso mutuo de enseñanza- aprendizaje. Este proceso centrado en el estudiante implica la formación en valores éticos y morales, que más tarde se verán reflejados en la vida laboral y profesional. El docente es un actor clave, en quien recae una responsabilidad social y moral vital, por ser un modelo que seguir y en cuyo sentido humano al servicio de las comunidades debe moldear y esculpir un ciudadano bueno para una sociedad.

En este contexto, se plantea que la educación es un proceso por el cual los seres humanos se van autoconstruyendo en comunicación con otros seres humanos, por lo que todo proceso de enseñanza – aprendizaje que se desarrolle en las aulas, debería tener como fin último la personalización progresiva de los estudiantes por medio del aprendizaje de conocimientos, de desarrollo de habilidades y talentos, de trabajar con actitudes y hábitos, de la convivencia social y de todo lo que conforma la vida cotidiana en las instituciones d educativas . Bazdresch (2000).

Desde esas perspectivas, el trabajo educativo, tiene que transformarse a partir de la reflexión crítica y comprometida de la propia búsqueda personal y profesional. De tal suerte, que la educación ya no tendría que ser capacitación técnica, entrenamiento o adoctrinamiento político o económico, ni limitarse a la instrucción, memorización, o la típica reproducción de conocimientos; lo mejor es dedicarse a la búsqueda consiente de la educación personalizada. Para lograr este trabajo formativo en los estudiantes, es necesario que los profesores realicen un cambio a fondo en la manera de entender y realizar su práctica docente, así como ir construyendo una nueva cultura docente basada en valores. Colomer (2014).

La tradición educativa humanista en las instituciones de educativas está fundamentada en la convicción de la dignidad inalienable de la persona humana, el desarrollo de la reflexión crítica, la creatividad, la curiosidad, la preocupación por las problemáticas éticas y la visión de conjunto por encima del saber especializado y fragmentado.

La visión de la educación humanista parte de una concepción de la persona humana como sujeto– agente dotado de conciencia, libre y racional; considera que la educación es un proceso intencional que implica la comprensión, afirmación y transformación del mundo y del propio sujeto. Tal como lo afirma: Colomer, (2014) señala que el proceso de enseñanza– aprendizaje es, fundamentalmente, un proceso de “encuentro humano” en el que tiene lugar el diálogo atento, inteligente y razonable, así como la libre valoración sobre los diversos aspectos de la realidad que se estudia, con el propósito de ampliar el “horizonte de comprensiones, significados y valores que intervienen en él”.

En este sentido, el paradigma humanista propone una nueva manera de enseñar, que deberá centrarse en los estudiantes para que cada uno logre sus propósitos. El maestro no es más un profesor en el sentido tradicional del término, sino más bien un facilitador, que ayuda a los alumnos a desarrollarse como seres únicos.

Es pertinente hacer mención, que el papel del Maestro Ser Maestro, no es un acto discursivo en el aula o labor pedagógica pagada, sino que es un modo de vida que se muestra en cada ámbito que se comparte con otras personas, asumiendo con responsabilidad al educar, logrando una relación de respeto, preocupación, generosidad y alegría. En el ámbito de las instituciones de la educativas, el componente reflexivo de la práctica docente ha sido estudiado cuidadosamente, quien asigna al docente un papel importantísimo para guiar a los alumnos hacia procesos reflexivos que les ayuden a tomar decisiones en contextos de incertidumbre, pero esto requiere de docentes habituados a la reflexión, el diálogo, a la interacción y que posibiliten la construcción colectiva del conocimiento en lugar de la mera transmisión de información.

Según los aportes los docentes deben propiciar estos procesos reflexivos enfrentando a los alumnos con problemas auténticos, tomados del mundo real. Esto requiere una transformación de la práctica docente mediante una reflexión que propicie una reconstrucción personal o colectiva de la docencia, e implica un cambio de paradigma sobre el aprendizaje, que ya no es concebido como un acto individual, sino como el producto de la interacción contextualizada. Díaz (2006)

En ese contexto, podemos afirmar que, la tarea primordial del Maestro es el acto educativo dentro de su disciplina, por ello, tiene exigencias en el bagaje de conocimientos disciplinares y en lo pedagógico, o sea, en cómo encontrar formas que permitan enseñar aquellos conocimientos, habilidades, destrezas y valores que deben aprender los próximos profesionales.

En ese orden de ideas, la visión vanguardista de la educación como proceso de transformación docente implica la apertura moral del docente para que este proceso formativo incluya no solamente aprender y aplicar valores universales sino plantearse y responder preguntas. Esto llevará al Maestro a saber que no solamente tiene que “enseñar valores” sino que tiene que facilitar y promover los procesos mediante los cuales los alumnos sean capaces de plantear una serie de interrogantes para desarrollar la capacidad de valoración. Zemelman, (2011).

Es pertinente destacar , que el Maestro Formador bajo la mirada humanista, se caracteriza por ser empático, inspirar, motivar es sensible ante las realidades del estudiante, se presenta una alianza ente Maestro-Estudiante- Padre o Represente, para ser los garantes de la formación integral, que se propone cada institución educativa, con valores humanos, morales, éticos religiosos , una misión titánica ante un mundo lleno de retos, para transformar y construir un Ser crítico, analítico y reflexivo puntos clave para enrumbar el proceso de

formación, siempre teniendo presente que se educa un Ser humano., es el secreto para consolidar el manifiesto de una educación de calidad para responder a los desafíos del mundo actual.

Cabe destacar que, el resultado de este proceso moral del Maestro tendría que conducir a la formación de Maestros genuinos, auténticos que sean personas en búsqueda de una sincera humanización, en búsqueda de la honesta personalización de los estudiantes. Desde este planteamiento, los Maestros Formadores, tendrán que ser más conscientes de lo que saben, lo que creen, lo que dicen, lo que quieren, de lo que valoran y buscan en la práctica cotidiana en el aula, sino se da este proceso entonces los docentes no sabrán cómo buscar e investigar y estarán llenos de dudas, incertidumbres e interrogantes que rodean la actividad docente y producirán un efecto multiplicador muy complicado. La transformación docente implica entonces “volver al Maestro más humano, más consciente y comprometido en un proceso donde continuamente vaya profundizando en lo que se entiende por educar y ser Maestro”. Bazdresch, (2000).

Con un enfoque altruista de formarse para la transformación en aras de mejorar la calidad de la educación. Cada Maestro Formador, entonces tendrá que buscar ser genuinamente él o ella mismo tanto a nivel personal como profesional y esto no implica dejar a un lado las técnicas y herramientas de enseñanza, puesto que, esto no modifica el fondo solamente cambia la forma o manera de exponer. Asimismo, la construcción del concepto de docencia efectiva se hizo principalmente mediante la identificación de diversas características, entre las que sobresalen el dominio de la materia, la actualización permanente, el interés porque los estudiantes aprendan, la capacidad de empatía y sensibilidad para captar sus intereses y motivaciones, la habilidad para comunicarse efectivamente, la humildad para reconocer las propias deficiencias y el trato justo.

Dentro de esta visión humanista de la educación es necesario trastocar la docencia efectiva para la formación humanista que se puede definirse como aquella práctica que propicia en el alumno la autonomía del pensamiento, y con ello, la apropiación crítica de los valores que rigen sus decisiones de carácter ético en el contexto de la interrelación con los demás.

En síntesis, se trata de una docencia que se orienta a la promoción de la dignidad humana mediante la educación de la libertad. El rol de los Maestros Formadores, debe evolucionar para poder responder a los nuevos desafíos que la necesaria transformación en curso de los sistemas sociales occidentales exige, pasar de un “practicante docente” a un “profesional docente”. Un profesional docente tiene la actitud crítica del científico para realizar actos intelectuales, no rutinarios y la actitud de un humanista, el cual orienta su práctica docente más allá de la formación de mano de obra, es decir, de manera autónoma, transparente y responsable forma el amor por el conocimiento, la verdad, la justicia y el bien común de los nuevos ciudadanos. Colomer, (2014).

Finalmente, cada espacio académico en las instituciones educativas es la línea transversal humanista que se convierte en un espacio de reflexión que potencia el saber donde se transforman los actores del proceso educativo. El aprendizaje se construye gracias a la relación entre saberes y el conocimiento, desde la reflexión basada en situaciones cotidianas y de impacto social, económico y político que implican reconocer la historicidad de estas y las pone en acción, es decir la sistematización de la práctica de los Maestros sensibles en la esos espacios de nuestras instituciones educativas, donde convergen los conocimientos. El saber emerge y se expresa en la práctica de los Maestros donde se construyen diálogos críticos que transforman a docentes y estudiantes.

Papel del Maestro Formador en Escuelas Católicas, un espacio para gestar valores Humanos-Cristianos

La relevancia de la Escuela Católica invita a centrar una especial reflexión que pueda servir de ejemplo concreto para las demás instituciones educativas, teniendo la brújula que marca la ruta basada filosofía institucional que indispensable conocer y aplicar en la formación humana-cristiana de todos los que conforman el entorno educativo. Por lo tanto, es indispensable contar con un equipo de trabajo, donde rol del Maestro Formador este anclado en la misión educativa articulada con valores y principios evangélicos que cada institución maneja para formar hombres y mujeres de bien, de ser coherente en lo que se dice y se hace.

Según el Documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica hace énfasis la necesidad de una buena formación profesional para poder reforzar la misión educadora, que supone una integra formación humana acomodada al carácter y cualidades de cada uno y requiere además de la formación espiritual. De allí que el Maestro Formador con una visión humanista, transformadora para descubrir auténticos valores, derechos y deberes como parte de ese semillero en formación que se prepara dar respuesta a las demandas del mundo externo. Teniendo una clara conciencia de la responsabilidad con un enfoque cristiano de la enseñanza y la educación, se aspira guardar una actitud de reconocimiento del ser humano, con una actitud respetuosa acogedora que no se limita solo a impartir conocimientos, sino que fomenta la dignidad y la fraternidad humana.

El papel del Maestro en las escuelas católicas que ha asumido esta responsabilidad debe ser consciente de que su labor como formador es un servicio de autoridad y de que su autoridad es un servicio. Es decir, partimos de la base de que el formador de hecho tiene una autoridad sobre sus formando. Ahora bien, la autoridad que tienen el director de la escuela y su equipo de trabajo les ha sido dada para edificar y no para destruir. Desde ese contexto, el Maestro Formador debe ejercer su autoridad con espíritu de servicio, lo que significa tratar a los alumnos de tal modo que expresen en su comportamiento la caridad con la que Dios los ama. Es tratar a cada uno con la dignidad que se merece de acuerdo con la visión que tenemos del hombre. Por lo tanto, simboliza que toda su actuación debe guiarse por el deseo único de

ayudar a sus alumnos o a su equipo de trabajo a realizar su misión y alcanzar con ella su propia realización.

A manera de reflexión, el Maestro Formador debe ser como un padre y amigo: como padre aconseja, motiva, exige, perdona; como amigo acompaña, colabora, comparte; de allí se gesta la relación entre el formador y el formando. Asimismo, la buena relación entre el formador y el formando logrará que el formador pueda ayudar personalmente a cada niño o joven. Si no se logra establecer una correcta relación, los formadores se convertirán en simples profesores o administradores que limitan su labor a transmitir conocimientos y a vigilar que los reglamentos se cumplan.

Conclusiones

Finalmente, podemos concluir que:

- Si queremos un mundo más humano, se debe empezar por una educación más humana desde las aulas, todos tenemos que lograr que nuestros alumnos sean protagonistas auténticos de la vida y no meros espectadores de sus aprendizajes. Hablar de una visión humanista es hablar de un proceso educativo amplio, dinámico, que engloba todos los aspectos de las personas, académicos sí, sin olvidar la parte humana.
- Se necesita claridad para que la experiencia docente, para fraguar un terreno fértil, para facilitar y estimular el desarrollo del potencial humano capaces de potenciar el trabajo, el talento de sus estudiantes de forma integral, anclados en los pilares del aprendizaje del Ser, Hacer, Conocer Convivir, que no es más que generar en las aulas espacios de teorías y prácticas de desarrollo contenidos con creatividad e innovación. En todo lo expuesto anteriormente está el rol de la visión del Maestro Formador, que debe conducir al estudiante a cultivar ese espíritu creativo, de investigación con un pensamiento crítico, analítico para transformación del mundo actual.
- Dentro de esa visión vanguardista el Maestro Formador es necesario comprender que las dimensiones de la educación humanista, que no pertenecen a un área académica específica, sino que se les debe considerar la transversalidad de la formación académica con los estudiantes y necesarias en la formación de los estudiantes; de ahí la necesidad de tener un proyecto institucional que debe ser conocido, comprendido y aplicado por todos los integrantes de la escuela.
- Las Escuelas Católicas son pioneras en el logro de articular los objetivos de educación y humanismo, las nuevas generaciones podrán constituirse en los mejores ejemplos de futuras generaciones que heredarán un mundo en el que interés preponderante sea el hombre en toda su plenitud, con todos sus valores. Entonces se conseguirá aplicar esa visión humanista para la transformación de la Educación con Maestros Formadores que desarrollen esa sensibilidad humana y mantener ese espíritu de ser forjadores de hombres de bien.
- El Maestro formador en las escuelas católicas el formador está llamado a enseñar a educar para la vida. El estudiante necesita conocer para entender, de modo que pueda

valorar y vivir libre y responsablemente todo lo que implica construir y dirigir su vida persiguiendo ideales altos y trascendentes. Buena parte de su labor de enseñanza consistirá en iluminar la conciencia de niños y jóvenes enseñándoles a descubrir en dónde están la verdad y el bien en las diferentes circunstancias que se le van presentando en la vida.

- Considerar la verdadera educación como una oportunidad superior, para desarrollar en las escuelas espacios que conduzcan a un aprendizaje por y para la vida y de creer en las potencialidades de los estudiantes desde una óptica humanista para la transformación y construcción de la sociedad.

Referencias Bibliográficas

Díaz Barriga, F. (2006). *Enseñanza situada: vinculación entre la escuela y la vida*, México, Mc Graw Hill.

Bazdresch, M. (2000). *Vivir la educación, transformar la práctica*, Guadalajara, Secretaría de Educación de Jalisco.

Carr, W. (1996) *Una teoría para la educación*. Madrid: Morata.

Delors, Jacques (2001). *Educación: un tesoro por descubrir – 5 eds.* – São Paulo: Cortez: Brasilia, DF: MEC: UNESCO, 2001.

Colomer, E. (2014). *Movimientos de renovación: Humanismo y Renacimiento. Historia del pensamiento y la cultura*. España: Ediciones AKAL.

Florez Ochoa, R. (1994). *Hacia una pedagogía del conocimiento*. Santafé de Bogotá: McGraw-Hill.

Sagrada Congregación Para la Educación Católica. *El Laico Católico Testigo de la Fe en la Escuela*. Ediciones Trípode. Caracas.

Zemelman, H. (2011). *El Arte de pensar de los Maestros. El proceso de formación y la conciencia histórica en América Latina. Cuadernos Evalpost*.



UNICA

REVISTA DE ARTES Y HUMANIDADES UNICA

Vol.24 – EDICIÓN ESPECIAL 2023

*Publicación en formato digital a cargo del Fondo Editorial de la
UNIVERSIDAD CATÓLICA CECILIO ACOSTA. Maracaibo-Venezuela*

<https://revistas.unicaedu.com/>